

A propósito de Ferlosio
Ensayo de interpretación cultural

Carlos Femenías Ferrà

Prólogo de Jordi Gracia

Alianza editorial

Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografías: © Album / EFE

Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.



© Carlos Fementías Ferrà, 2022
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1362-937-7
Depósito legal: M. 15.370-2022
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Prólogo. Totémico Ferlosio, por Jordi Gracia
15	Agradecimientos y nota editorial
17	Introducción. Bajo las alas del siniestro pájaro
37	1. Un alfabeto raro: el verbo encarnado
38	En cuerpo y alma: prehistoria de <i>Alfanhui</i>
50	Un lugar para <i>Alfanhui</i>
60	Isla jabalí
75	2. En las afueras del Estado: en torno a <i>Revista Española</i>
80	Dinamización cultural
85	Una voz generacional
91	Tiempo de Mesías
105	3. Alrededores y entresijos de <i>El Jarama</i>
111	Los abajo firmantes
117	Tiempo y huella
125	Una imaginación somática: culpa e historia
135	La cancelación del pasado
147	4. «El grotesco papelón del literato»: la forja del ensayista
147	Al son del relevo
154	Un nuevo rumbo

A propósito de Ferlosio. Ensayo de interpretación cultural

161	En busca de un nuevo interlocutor
167	La emancipación técnica
175	5. Ferlosio y sus isótopos: travestismo, tradición y apropiación
175	Apropiaciones
180	La institución literaria
188	Goces pasados
193	En torno a un rostro
199	En la corte de los ingenieros
206	Gozos y horrores del galeón
213	6. Niños y esquemas
219	Sintaxis y cultura
224	Destrucción de valores, restauración de bienes
229	7. Veedores y fiscales
229	Un lugar generacional
232	Villalar revisitado
240	En las autonomías: la eclosión de las identidades
248	La asamblea constituyente
265	8. Batines de lana y zapatillas de deporte: sobre las instituciones y el cambio cultural
265	Cambio de voces
273	A la sombra de la hegemonía
286	Ante la OTAN
294	Última noticia
301	Epílogo. La antigua casa de la lengua
315	Referencias

Con Caty

PRÓLOGO

Totémico Ferlosio

Ni literato ni mito literario: Rafael Sánchez Ferlosio ha sido en las letras españolas de la democracia un tótem cultural. Lo ha sido incluso para quienes solo se acercaron a la fuerza y de mala gana a *El Jarama* en el instituto, quienes pudieron descubrir la fresca irresistible y a la vez mórbida de las historias de *Alfanhuí* o quienes solo retienen como experiencia de lectura un puñado de artículos de combate en las primeras décadas de la democracia. Ese Sánchez Ferlosio fue apenas una parte de un ingente caudal de literatura y pensamiento que atravesó más de sesenta años de la vida intelectual española y atrajo de forma adictiva a un puñado de exquisitos seguidores rendidos a su arbitrariedad, a su impetuosidad intelectual y a la riqueza arborescente de una sintaxis metódica y a la vez agotadora. Su productividad ha estado siempre reservada a los pocos pacientes dispuestos a desbrozar el laberinto de un pensamiento de inspiración rotundamente normativa, estable en sus referentes y hasta emuladora de la retórica fundacional de los clásicos de la antigüedad grecolatina con rastros bíblicos.

Un hombre tan prolífico, anárquico y minucioso como Sánchez Ferlosio, sin embargo, fue lacónico hasta la opacidad para hablar de su memoria personal y su memoria familiar. Igual de parco fue para evocar a su propio padre, Rafael Sánchez Mazas, cofundador de la Falange, íntimo amigo de José Antonio y hombre de influencia incontestable en la construcción del falangismo de guerrilla en la preguerra y del falangismo institucional de posguerra. Ese silencio del hijo vuelve como mina de significados potenciales en este meticoloso e irreverente ensayo de Carlos Femenías a partir de una idea central: lo aprendido de su padre y su propia ascendencia en el hijo aparecen de forma figurada, tangencial y a menudo solo alusiva en algunos lugares de la literatura de Sánchez Ferlosio. El rastreo minucioso en los *marginalia*, artículos menores, restos de obra y hasta fotografías logra percibir con una mirada alerta e hipersensible fibras invisibles de la intimidad de Ferlosio, protegido siempre en la artificialidad opulenta de un estilo. La obstinación como motor de la escritura de Ferlosio a veces se pega a la obstinación analítica de su intérprete, cuidadoso vertebrador del contexto histórico y cultural que engendra a Ferlosio con las averías y las obsesiones de un escritor alérgico a la intimidad pero dotado de ella como cualquiera. El rastreo de lugares poco conocidos rinde un resultado espléndido en las manos de Femenías, sin renunciar a emplazar a Ferlosio en el lugar social, ideológico e intelectual que lo hizo escritor e incluso literato a contrapelo: su figuración icónica no fue cosa de fotógrafos atrevidos sino resultado de la construcción involuntaria del eremita insoportable ante el poder institucional y la lealtad a los amigos.

La liberación del entorno fascista fue una larga pelea cultural en la que quedaron para siempre algunos rasgos que detalla minuciosamente Femenías. No deroga el pensamiento de Ferlosio; explica sus raíces más hondas y a la vez más ocultas o invisibilizadas por la vergüenza o

incluso la culpa. Las nostalgias de un orden mejor y más alto, la degradación populosa de una cultura democrática, la pobreza de una actualidad asediada de superficialidad y pequeñez respiran como heridas de quien añora un tiempo de noble elevación con figuras perdidas para la modernidad ratonera. En ese instinto antimoderno funda Femenías parte de su relectura de Ferlosio, pero nunca o casi nunca va Ferlosio solo en este libro. La red que trabó la llamó él mismo «la fraternía», no siempre con los mismos componentes, pero siempre dictada por la pasión especulativa, la minuciosidad obsesiva y la libertad desaforada. Poco tiene que ver la hermandad selecta que intentaba deshacerse de un estilo de época reunida en torno a Antonio Rodríguez-Moñino para fabricar los pocos números de *Revista Española* y esa otra tertulia estable durante décadas, ya tras el franquismo, destinada a diezmar la confianza en el Estado, el progreso y las bondades de la política.

Es posible que muchos lectores de este libro tengan de Ferlosio el perfil de un ave rapaz dispuesta a abatirse con las garras abiertas y el pico afilado contra las inconsecuencias de los gobernantes, contra el despilfarro democratizador y banalizador de la cultura, contra la miserable argumentación política para legitimar una pura guerra económica o cualquier desafuero del poder contra la inteligencia indómita y cultivada. Desde la penumbra de un falso retiro, o desde la ficción del anacoreta indomeñable, Ferlosio fue mandando obuses retóricos contra cuanto incurría en la pedestre política, que nunca entendió demasiado bien ni seguramente quiso entenderla. Haberlo hecho, haber aprendido los mecanismos de la democracia y su congénita y necesaria dosis de populismo, le habría impedido combatir sus desafueros con el trueno prescriptivo instalado en la montaña —la montaña del sermón, quiero decir—.

Pero esa resistencia a claudicar, ese instinto de superioridad innata, irrenunciable y sin disfraz, fue también el motor que puso en

circulación exquisitamente minoritaria a un sabio ajeno a la realidad en perpetuo combate con ella y sus carencias, sus deficiencias flagrantes, además de insolubles. Quizá por eso seguirá siendo uno de sus artículos más incontestables aquel que avisaba contra sí mismo cuando predicaba desde la columna de contraportada de *El País*. Fue allí donde publicó su «¡Ojo conmigo!», insuperable acto de coquetería melindrosa a la vez que prueba descarnada de una humildad des-pavorida ante la evidencia de ser un cascarrabias endiabladamente inteligente y súbitamente consciente de sí mismo. La afición aforística enmascara en palabras de charol la propensión a la estafa, a la enigmática profundidad vacía. También por eso lo mejor de este libro y de Carlos Femenías es que aceptan la invitación de Ferlosio sin miedo a que Ferlosio se levante de golpe de la tumba blandiendo la garrota enfurecido. Enseguida atendería, concentrado y entre resoplidos, a los argumentos de una inteligencia que se ha metido dentro del escritor más allá de toda prudencia. Para hacer a Ferlosio de veras profano, mejor romper la crisálida, porque la palabra sagrada ya no habla, no dice, es letra muerta: también lo dijo Ferlosio.

Jordi Gracia

Agradecimientos y nota editorial

Lleva un fondo de verdad la broma de que si este libro se ha editado nada menos que en Alianza Editorial, se debe a que Caty Álvarez Vidal sigue sin sello propio. Ha sido ella la verdadera editora de las penúltimas versiones que ha conocido el texto. Durante muchas tardes cortó, zurció y obró el milagro descongestionando párrafos frente al ordenador o hundida en el sofá con un boli rojo que apenas indultó dos o tres páginas; y me da que por puro cariño y por cansancio. No sería esto así sin ella, tampoco este que lo escribe.

Aunque solo he perpetrado uno, intuyo que todo libro se trama y se discute en compañía: junto a la de Caty, este ha contado con padre y madre con el altavoz del teléfono a todo volumen para avivar ánimos cuando andaban bajos y recordarme lecciones que olvido demasiadas veces, pero también ha contado con el cariño y la curiosidad de un hermano, muchas tías y un puñado de amigos. No necesitan que escriba sus nombres para poder leerlos. Sí escribiré los de Germán Labrador y Ángel G. Loureiro, que me acogieron en Princeton en un lejano otoño sin mascarillas, así como el de Vera Sacristán,

que puso en mis manos lo que conservaba de la correspondencia entre su padre y Ferlosio, y el de José Teruel, que habló a Ofelia Grande de la conveniencia de facilitar la reproducción de dos imágenes que proceden de un volumen de Carmen Martín Gaité. Pero, sobre todo, los de dos cómplices y amigos que me han acompañado con consejos, pistas y risas alrededor de un plato caliente: Domingo Ródenas, al que asocio muchos de los mejores momentos de los últimos años, y Jordi Gracia, que ha remado (aunque lo suyo es un motor de mil caballos) para que esta barca llegara a tan buen puerto. Lo conocí al llegar a Barcelona hace la friolera de dieciocho años y me matriculé en todo lo que daba. Este ensayo ha aprendido mucho de los suyos; ya se figurarán la ilusión de que lo prologue.

Resta decir una palabra sobre el estilo de este libro, que ha optado, por recomendación de los editores, por sacudirse parte de los escrúpulos academicistas que lo lastraban, lo que ha implicado fulminar o recortar citas, pruebas, desarrollos... y asumir por mi cuenta y riesgo interpretaciones que antes avanzaban con mayores cautelas o bien aduciendo autoridades que arrimaba deshonestamente a mi sardina. Para alivio del lector, no se interrumpirá el texto cada dos por tres indicando de dónde proceden los materiales que convoco; hemos preferido recoger todas las referencias bibliográficas en un apartado específico al final del texto; ahí recopilé secuencialmente las fuentes utilizadas. Por razones prácticas, me refiero allí a los cuatro volúmenes de ensayos y artículos de Ferlosio editados por Ignacio Echevarría para Debate del modo más escueto: vol. 1.º, 2.º, 3.º y 4.º.

INTRODUCCIÓN

Bajo las alas del siniestro pájaro

—Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve a ti Sancho Panza, tu hijo [...]—

—Déjate desas sandeces —dijo don Quijote—, y vamos con pie derecho a entrar en nuestro lugar [...].

Con esto bajaron de la cuesta y se fueron a su pueblo.

Me temo que se ha recordado demasiadas veces: al borde de los años setenta, cuando la juventud y la revuelta dan el tono de los tiempos, a Carmen Martín Gaité le llega «Un aviso: ha muerto Ignacio Aldecoa». Ese es el acontecimiento y también el título de un artículo que tendrá varias vidas hasta que, décadas después, sea refundido en un libro de conferencias que homenajea al amigo muerto y a la juventud perdida de aquel grupo. Como todo lo que Martín Gaité venía escribiendo desde tiempo atrás, *Esperando el porvenir* (1994) oscila entre la voz y la escritura, entre la intimidad y la historia; lo que ahora había cambiado es que aquella muerte certificaba que su cuadrilla iba siendo objeto de la historia: había llegado la hora del recuento. Eso fue aquel libro. Entre sus páginas hay un pequeño archivo fotográfico que retrata la vida de aquellos muchachos. De alguna manera, hojearlo es asomarse al mundo que el primer tramo de este ensayo quiere interpretar: allí están las jiras campestres, las tascas, los retratos de escritor con gesto grave, el viaje a un Manhattan largo tiempo fantaseado, la ruta por los pue-

blos, las chabolas visitadas o visionadas en películas de De Sica y Zavattini, el padre Llanos ante un micrófono en *El Pozo del Tío Raimundo*, donde un grupo de críos juega a recrear escenas de la Guerra Civil... Son el álbum de una generación que en breves instantes empezaré a desplegar. Antes debo, con todo, consignar la única fotografía que no he tenido que revisar para escribir las líneas anteriores, porque me acompañó un tanto obsesivamente cuando este proyecto echó a andar y porque tiene, o entonces tuvo para mí, la virtud de plasmar una situación y muchas trayectorias: Ignacio Aldecoa y Manuel Pilares se encuentran de espaldas a un águila imperial de piedra. Posan simétricos: un pie descansa contra la penna de la estatua, una mano sujeta una pipa, la otra se pierde en el bolsillo, cada cuerpo cae bajo un ala. Están en Cáceres, una noche de mayo de 1955, quizá en alguna de aquellas excursiones a provincias que fueron tan importantes en su formación y que fomentó, con notable éxito, el propio Departamento de Cultura de Educación Nacional.

El pie de foto reza: «Bajo las alas del siniestro pájaro», pero la letra no es suya ni de entonces; es de Martín Gaité, tal vez del mismo 1994, cuando la foto de un día se ha convertido en documento de una época y resulta imperioso profanar el emblema del Imperio, burlarse, grafitearlo. No es fácil saber si ya entonces contenía ese subtexto; si ya era un *pájaro siniestro*, aunque es muy probable que sí. La foto es compleja: Aldecoa está a punto de ingresar en la treintena y su patriotismo ha encarnado en otros símbolos; Pilares, que en realidad se llama Manuel Fernández Martínez y solo le saca cuatro años, lleva a cuestas un largo historial: siendo muchacho, ha participado en la revolución asturiana del 34, se ha enrolado en el ejército republicano, ha pasado por la cárcel y ha sido condenado a muerte e indultado en 1941.

Introducción



"Bajo las alas del simiestro pájaro", un águila imperial en esta foto. (Con Manuel Pilares en Cáceres, mayo 1955.)

© Carmen Martín Gaité, *Esperando el porvenir*, 2006. Imágenes cedidas por Ediciones Siruela.

1955 es una fecha bastante avanzada en el viraje ideológico de aquella generación. No es que entonces todos tengan las ideas muy claras ni que hayan cortado de raíz con el culto a José Antonio, pero su poética se ha alejado del triunfalismo y ha ido creciendo de espaldas a los símbolos de la oficialidad. Recientemente he conocido dos testimonios próximos a la fotografía a través de J. Benito Fernández. El primero es de finales de los años cuarenta y sitúa a Rafael Sánchez Ferlosio vandalizando el mapa colonial de un despacho vinculado a los Grupos de Agitación Hispánica. Su intervención fue elegantemente demoledora: donde la cabecera decía «Tierras robadas» pasó a leerse «Tiernas bobadas». El segundo testimonio es de 1957: Chicho Sánchez Felosio, el menor de la familia, es expulsado de la escuela por subirse a lomos de una estatua ecuestre e imitar la voz aflautada del Caudillo dirigiéndose a la nación.

Es inevitable convertir ambos episodios en rúbricas de su ruptura con aquel mundo, porque conocemos la deriva dispar de Rafael y de Chicho, la de Aldecoa, y es fácil encontrar en la red fotografías de un Pilares envejecido cargando al cuello una gigantesca enseña comunista que proclama a los cuatro vientos su condición de último rojo en un país donde ya solo hay socialistas, según protesta poco antes de morir —allá en 1992—, mientras se niega a darse por enterado de la caída del Muro de Berlín. Conocemos esos cambios, y muchos trabajos prestan especial atención a los indicios por los que se hacen perceptibles. Este ensayo no es distinto, aunque querría no eludir aquello que se tiende a apartar. La descripción de las transformaciones —y Ferlosio tendrá mucho que decir a este respecto— tiende a construirse con arreglo a una ideología inexpresada que concibe el cambio como un fenómeno necesario: el estadio presente se infiltra como *télos* del pasado seleccionando ciertos hechos e imprimiéndoles un sentido que satisface sus necesidades. He procurado

precaverme contra ello haciendo lo posible por no elidir lo que resultaba menos patente en los cambios de escena; por eso una versión primigenia e innecesariamente prolija de este libro estaba sembrada de menciones al *residuo* y a la *residualización* que una época opera sobre cuanto se le antoja rémora o incordio castrador para los nuevos tiempos. Sin duda son muchos los candidatos que podrían ocupar ese hueco: pervivencia, perduración, subsistencia, persistencia remiten, con inflexiones muy distintas, al mismo fenómeno. Pero ¿no son todos ellos obra de ese *télos* contra el que quería ponerme en guardia? He optado por otros aldeaños a la noción de reelaboración, y me he ido decantando por imaginar una matriz elástica vagamente emparentada —pienso ahora— con aquel postulado de Juan de Mairena según el cual para poder decir que algo se ha movido es preciso que ese algo permanezca más o menos igual a sí mismo. Pero lo suelto rápido y en voz baja, a sabiendas de que, con ser benévolo, Mairena torcería el gesto los ratos en que pueda haber casado *in mente* o en el papel cambio y movimiento, tan parecidos como la noche y el día.

Da lo mismo, es solo un modo de decir que aquí importarán tanto el cambio como las condiciones que lo determinan, y con esto último me refiero no solo a las emergentes, sino a las que intervienen, por así decir, a manera de sustrato. Me refiero, por volver a la fotografía, a la acción que la estatua ejerce como organizadora de la composición al recoger ambos cuerpos bajo sus alas. No otro es el influjo que se le hace siniestro a Martín Gaité y que la lleva a atacar la clave que pauta la escena. Lo mismo que en los casos anteriores, el pie de foto interviene sobre un orden de legitimidades y significados: para conjurar el que la composición sugiere, propone otro que entregue su significado legítimo. Porque es conflictiva, nos indica cómo debemos interpretarla. Y a tal fin acude a un término de especial

densidad. Lo *sinistro* es una forma de la epifanía, la irrupción de lo inquietante en el rostro de lo familiar, el extrañamiento en el seno de lo propio, según la archifamosa caracterización de Freud.

Dos cuerpos no son una comunidad, pero dos cuerpos replicándose especulares bajo un monumento sugieren una fuerza que los conforma. Tampoco Martín Gaité está interviniendo contra ese pájaro siniestro en concreto, sino contra el siniestro pájaro en el que todos se encuentran subrogados. Cambiarán el lugar, las dimensiones, los materiales, los fotografiados, pero cada uno de estos pájaros *es* el mismo pájaro; de igual modo que el exabrupto de Martín Gaité comprende a todos los especímenes, nuestros dos cuerpos están en representación de una totalidad mayor que ellos. Será una clave importante cuando aborde la relación entre las partes y el todo en el fascismo; ahora cumple que ahondemos en aquello que se halla inscrito (y activo) en el entorno más familiar y solo lo siniestro ha hecho visible. Ese *algo* convierte la fotografía en cifra de una posición psichistórica: ha hecho presente —en palabras que tomo de un sociólogo de aquella generación, Juan Francisco Marsal, y de un título próximo al pie de foto, *Pensar bajo el franquismo*— el «mundo de lo dado por supuesto», como lo llaman los sociólogos de la escuela fenomenológica, que lo consideran, por cierto, como la forma más sutil y penetrante de coacción del orden establecido».

Si pie y retrato me interesaron tanto fue porque nos permiten asistir desde la extrañeza al influjo de aspectos que se encontraban a la vista de todos, perfectamente camuflados por la luz del sol, en el mundo de lo dado por supuesto. Nada nuevo había en aquel pájaro, pero debía de ser desasosegante descubrirse recogido bajo sus alas. No obstante, por más que la imagen haya contribuido a captar esa presencia, este ensayo no se construye sobre material fotográfico, sino que busca su rastro en la lengua y las poéticas de aquel tiempo

siguiendo la pista de Rafael Sánchez Ferlosio. Y es que incluso entre quienes nunca aceptaron aquel mundo o rompieron tempranamente con él es perceptible su huella. Valga un ejemplo: en 1953 Juan Antonio Gaya Nuño tiene cuarenta años. En 1936, a escasos meses del arranque de la guerra, su padre, entonces alcalde, es fusilado. Gaya Nuño, que en el momento cuenta veintitrés años, se alista como voluntario en el ejército de la República, a resultas de lo cual pasará cuatro años en diversos penales y vivirá en régimen de libertad vigilada y bajo control judicial hasta 1954. Pues bien, en 1953 se estrena en las páginas de *Revista Española* con una intervención programática de tono belicoso: «Es un dogma tradicional y eterno, vivaz y joven, despierto, alerta, totalmente vivo. Hay que aceptarlo o repudiarlo como tal dogma. En los campos de la plástica están los bandos bien delimitados y hay que tomar partido. Idealmente, va a ser verdad el *slogan* que encabeza estas páginas: La plástica con sangre entra».

No es el modo acostumbrado en él. En parte se explica por lo que la pieza tiene de manifiesto y porque, «escribiendo, uno se calienta», como apostilla. Pero en otra parte nada menor responde a algo más: aunque sus afinidades con el Régimen hayan de ser nulas, la retórica empleada no desafina lo más mínimo de la de sus adeptos. Claro que ni es nueva ni la inventó el Régimen. Esos modos estilísticos, rápidos, agresivos, llevan el sello inconfundible de la prosa de los años veinte y los años treinta, y van a ser rápidamente captados por la Falange, a la que ya están indefectiblemente ligados cuando se escribe el texto. La acumulación de adjetivos ágiles, cortantes, briosos, rotundos refleja el fervor por el deporte y lo marcial (ambos igualmente odiados por Ferlosio en el futuro), así como la sistemática partición del mundo en grupos en competición inconciliable. Véase cómo las palabras de Gaya Nuño apenas difieren de las que Rafael Sánchez Mazas dirige a las juventudes falangistas en la presentación

de *FE.*, primer vehículo del movimiento: «No queremos cucos, ni falsos tontos, ni aficionados incapaces. O se nos vence o se es vencido por nosotros pero a cuerpo limpio. No hay otra partida. [...] Se estará en nuestras filas o contra nuestras filas, pero *FE.* no se confisca por nadie ni se somete a nadie ni se suplanta y falsifica por nadie. Quede esto bien entendido con todas las posibles consecuencias».

Lo mismo podría decirse de la conjunción de adjetivos como «tradicional y eterno, vivaz y joven», cortados por el mismo patrón con que solía invocarse «una España fresca y antiquísima, nueva y eterna». No es cuestión de abundar en ello; se acoge a lo observado por Mónica y Pablo Carbajosa en *La corte literaria de José Antonio*: «La retórica política falangista se basa principalmente en dos recursos: la antítesis y la reiteración»; recursos al servicio de producir y apuntalar un mundo polarizado. Sí destacaré el privilegio que se arroga el bando vencedor al conciliar lo eterno y lo nuevo, antigüedad y frescura, tradición y modernidad: tales parejas, convocadas hasta la saciedad, atestiguan que, en cuanto instrumento de cambio, esta fuerza histórica mide y controla sus rupturas; toda mutación le es autóctona, endógena. A los opositores los confinaron en dos vías aberrantes: de un lado, un tradicionalismo condenado a la moribundia por su incapacidad de transformación; del otro, la traición a la tradición a causa de sus incorporaciones bastardas, degeneradas, exógenas, antiespañolas...

Que Gaya Nuño discurriera en la misma matriz retórica no debería levantar extrañas suspicacias ni llevarnos a postular —como a veces, por lo demás, tiende a hacerse— la acción inescapable de un fascismo ubicuo que habría colonizado —y hasta clonado, por retomar aquellos dos cuerpos especulares— a todos sus súbditos. La complejidad de la fotografía debería valer también para la producción verbal, porque ni el régimen más tentacular ha logrado jamás

adueñarse definitivamente de sus criaturas; basta recordar los orígenes de Gaya Nuño o los atentados contra mapas y estatuas. No, lo que aquí sucede responde al prestigio de ciertos modelos expresivos —donde el ascendiente de Ortega y Gasset es difícilmente exagerable— que invadieron el discurso público de forma tal vez no distinta a como se le reveló a Victor Klemperer en la Alemania nazi: «Observaba cada vez con mayor precisión cómo charlaban los trabajadores en la fábrica y cómo hablaban las bestias de la Gestapo y cómo nos expresábamos en nuestro jardín zoológico lleno de jaulas de judíos. No se notaban grandes diferencias; de hecho, no había ninguna. Todos, partidarios y detractores, beneficiarios y víctimas, estaban indudablemente guiados por los mismos modelos».

Los modelos orientan en la medida en que suministran un repertorio de conductas (verbales o no) sancionadas. Son giros, configuraciones, categorizaciones que a fuerza de informar el discurso y la mirada logran naturalizarse. En eso estriba la ideología, y su alcance es sin duda profundo, pero no necesariamente incontestable. Siempre queda un espacio de posibilidades en el que Edward Said situaba precisamente el *lugar* de la crítica:

Por una parte, la mente individual se inscribe en y es muy consciente del todo colectivo, del contexto o la situación en la que se encuentra. Por otra, [...] la conciencia individual no es simple y naturalmente una mera hija de la cultura, sino un factor histórico y social dentro de ella. Y debido a esa perspectiva, que introduce la circunstancia y la distinción en donde solo había habido conformidad y pertenencia, hay distancia o lo que también podríamos llamar crítica.

En algún tramo del trayecto crítico de aquella generación, José Ángel Valente redacta un breve ensayo acerca de la necesidad de lim-